

A 100 años de la Reforma Universitaria de Córdoba Deodoro Roca continúa incomodando

Néstor Kohan

Cien años de la Reforma Universitaria de Córdoba. Doscientos años del nacimiento de Karl Marx. Cien años de la Revolución Bolchevique. Las conmemoraciones se reiteran por doquier. ¿Por qué sentimos tanta necesidad de abrazar el pasado y traerlo, como si hiciera falta consolación, a nuestro presente?

Sencillo y simple. “Las resonancias del corazón nos lo advierten”. Estamos transitando una pesadilla. Estamos pisando sobre un presente mediocre, gris, aplanado, miserable.

Lo palpamos y sentimos a diario. En el malestar cotidiano de nuestros pueblos, en el desierto interminable de los sueños rotos y las esperanzas trucas. En la falta insoportable del alimento esencial de la especie humana: el florecimiento de la cultura. Sí, la cultura. Hoy humillada, vejada, maltratada y violada por un Mercado capitalista que todo lo subsume y manosea, que destruye y contamina el ecosistema, que aplasta y tritura las formas elementales de la generosidad y la solidaridad entre semejantes y diferentes, que neutraliza o corrompe hasta las herejías más indomesticables. Por eso acudimos al auxilio de la memoria histórica. Por eso volvemos sobre la Reforma del '18. Por eso Deodoro Roca.

En el centenario de la rebelión estudiantil y juvenil de aquella Córdoba indómita que contagió a toda la juventud de un continente entero en una fracción de segundo (cuando todavía no existía internet ni el *Facebook* ni *instagram* ni ninguna de las redes sociales), sobresale sin dudas un pensamiento, un ejemplo, un nombre. Deodoro. Aquel redactor clandestino o anónimo del célebre *Manifiesto Liminar* de junio de 1918 que dio partitura y marcó el ritmo de varias generaciones de rebeldías nuestro-americanas. Un *Manifiesto* que cumple cien años pero... parece escrito hace menos de una semana.

¿No nos habla acaso de nuestro opaco presente (donde predominan la mercantilización extrema, el acomodo y una arbitrariedad escandalosa en docencia y en investigación) cuando señala que *“Las Universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y —lo que es peor aún— el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las Universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil”*?

Si aquella descripción indignada pone el dedo en la llaga, con una actualidad abrumadora que no deja de sorprendernos si pensamos en la crisis contemporánea de la Universidad pública, ¿qué tanto se podría agregar si se tratara de describir el horizonte muchísimo más sombrío y culturalmente empobrecido que atraviesa el conjunto de kioscos, perdón, quise decir, de universidades privadas-empresariales?

El verbo y la escritura de Deodoro no cultivaban las medias tintas ni la genuflexión diplomática del eufemismo. Llamaba a las cosas por su nombre. Al pan, pan; al vino, vino. Por eso su descripción, realista, sencillamente realista, resulta insoportable para los patéticos criterios gerenciales, abiertamente hostiles a la educación gratuita, laica, masiva y de alta calidad, que se han vuelto hoy cultura oficial en Argentina y en gran parte de nuestros países latinoamericanos. No estamos pensando sólo en este particular gobierno de turno que los ha exacerbado hasta el paroxismo y el grotesco, sino en todo un período histórico que venimos padeciendo desde 1976 (acta de nacimiento de gran parte del repertorio obsesionado en “abaratar costos” en términos educativos) hasta la fecha.

Aunque de manera forzada y evidentemente a contramano de su propio espíritu libertario, Deodoro Roca fue durante décadas patrimonio exclusivo de las elites y los pretendidos “aristócratas del saber”. Luego pasó directamente al olvido. Las dictaduras militares, el genocidio con miles de personas desaparecidas y la quema de libros al mejor estilo nazi dejaron su huella en la (des)memoria institucional. Su nombre fue, por momentos, tragado por el polvo gris del revanchismo que pretendió condenar un siglo

entero de rebeldías populares. A lo sumo, quedó en las sucias manos de una intelectualidad que posaba de liberal (en los gestos y modulaciones, aunque en su intimidad era profundamente conservadora) y su expresión estudiantil habitualmente conocida como “Franja Morada”. Una franja de la vida universitaria mucho más cercana a la tonalidad amarilla que a la nitidez de un rojo profundo.

Deodoro fue llevado y traído, colgado y descolgado, doblado, planchado o arrugado según las necesidades coyunturales y mezquinas de pequeños cenáculos intelectuales y profesionales antipopulares que lo redujeron a un pintoresco, extravagante, exótico e inofensivo... liberal.

Operación de pasteurización que se encargó obsesiva y meticulosamente de borrar o diluir una dimensión inocultable de su trayectoria biográfica e itinerario ideológico. Si Deodoro tuvo muchos “maestros” (desde José Ingenieros al joven Leopoldo Lugones, previo a su conversión) sus iniciativas y el movimiento colectivo que dirigió a su vez ejerció una influencia cultural en figuras tan disímiles como el peruano José Carlos Mariátegui, el cubano Julio Antonio Mella e incluso un joven que fue vecino de su propia vivienda cuando se mudó a Córdoba: Ernesto Guevara. Las muchas y valiosísimas reconstrucciones de su amigo y compañero Gregorio Bermann —testigo y coprotagonista de muchas de sus iniciativas— así lo atestiguan.

Para poder concretar esa esterilización ideológica de la figura de Deodoro, se tuvieron que censurar muchas referencias explícitas al marxismo en sus escritos, artículos y discursos. A ese conjunto de despropósitos y sinsabores contribuyó además —secreto a voces que ya no se puede disimular— el hecho inocultable de que uno de sus hijos, amigo personal de Ernesto Guevara, fuera abogado de los militantes insurgentes que sobrevivieron a la experiencia del EGP (Ejército Guerrillero del Pueblo) de Jorge Ricardo Masetti, luego compañero de Mario Roberto Santucho (con quien se fotografió en Chile, tras la fuga del penal de Rawson y la masacre de Trelew) y más tarde editorialista con nombre y apellido de la revista teórica del ERP-22 (Ejército Revolucionario del Pueblo 22 de agosto).

Los genocidas cívico-militares-eclesiásticos de 1976 asociaron las irreverencias y rebeldías del padre con la

consecuencia política de su descendencia familiar para decidir sepultar hasta la eternidad el nombre y la figura de Deodoro Roca. Ni Reforma Universitaria ni insurgencia. De eso no se habla en esta casa y en este país.

Luego de las tenebrosas tinieblas que asolaron la educación, la cultura, el arte y todo lo que existe entre 1976 y 1983 Deodoro reapareció tímidamente en los debates pedagógicos. Pero para entonces la antigua figura arquetípica del “maestro de juventudes” que caracterizó la cultura argentina de la primera mitad del siglo XX había sido reemplazada por la hegemonía fría y cruel del especialista apolítico, el profesional a sueldo y el experto indiferente, neutralmente valorativo.

En este singular clima de época, el Banco Mundial (una institución multinacional obviamente centrada en el dinero y las finanzas, no en la educación) decidió promover a escala continental y quizás mundial, a través de una muy bien pensada escalada de planes y nuevos planes, una Contrarreforma Universitaria que todavía no termina y nos ha hecho retroceder todavía más atrás de 1918. Deodoro, su verbo, su prosa, sus gestos rebeldes y pensamientos irreverentes, ya no tenían cabida en este desesperante y nuevo contexto histórico.

A partir de allí y de la emergencia del Banco Mundial como guía pedagógica multinacional con incidencia directa en nuestras casas de estudio, currícula, programas y política científica, los saberes académicos se despolitizaron y descafeinaron. El artículo de barricada y de denuncia, incluso hasta el mismo ensayo crítico, fueron reemplazados por los tristemente célebres *Papers* fabricados en serie, como chorizos, cuantificados como baratijas al por mayor, y reducidos a una circulación mínima donde el debate de concepciones del mundo y el gran público lector brillan por su ausencia (a ese gran público se le destina, en este nuevo escenario, la literatura de autoayuda y otros géneros de mesa de oferta, comerciales y banales).

Entonces la publicación desesperada en revistas “con referato 20/21”, que absolutamente nadie lee pero que otorgan máximo puntaje, ocupó el lugar de la investigación en serio y la publicación de libros, mientras las universidades se vaciaron del escaso contenido contestatario que aún mantenían y terminaron de

elitizarse. La extensa saga que une a la antigua universidad monacal impugnada en 1918, pasando por la fundación de universidades privadas durante la polémica de “Laica o libre” de 1958, los palazos contra estudiantes y profesores de la “noche de los bastones largos” del golpe de estado de 1966 y el genocidio político-militar de 1976, concluyen en nuestros tiempos con una homologación artificial entre las universidades públicas y las privadas (desconociendo que los cinco premios Nobel de la Argentina estudiaron, todos, en universidades públicas, ninguno en privadas), evaluadas con normas serializadas y gerenciales que provienen de....¡un Banco!

Si la tradicionalista Universidad cordobesa, que en junio de 1918 impugnaron Deodoro y sus amigos, era regida despóticamente por Academias y logias de una derecha conservadora, católica y ultramontana pero... mínimamente cultivada; gran parte de las universidades argentinas y latinoamericanas del siglo XXI son gobernadas por funcionarios obedientes, mucho más atentos a los tristes dineros de una contabilidad guiada por una mediocre calculadora neoliberal que a los problemas específicos de la ciencia, la educación y la cultura. Ni verdad científica, ni bien ético-moral ni belleza estética y artística. Dinero. Sólo dinero. Mercado. Más Mercado.

La estructura del gobierno universitario en Argentina no logró superar la antiquísima y *demodé* jerarquía medieval, de notables nostalgias feudales (en países donde históricamente nunca hubo feudalismo). Dicha estructura jerárquica (en la cual el voto y la opinión de una pequeña elite de profesores “elegidos” vale decenas o centenas de veces más que la de cualquier estudiante plebeyo) constituye la garantía actual de una creciente subordinación de nuestras casas de “altos estudios” y centros de investigación a los dictámenes serializados, indexados y culturalmente empobrecidos que imponen, con jerga aparentemente “progre” y contabilidad dura, los grandes organismos financieros.

“La Revolución Universitaria”, como la bautizó Julio V. González y la estrecha fusión entre reformas pedagógicas de fondo y transformaciones sociales estructurales y radicales que pergeñó Deodoro, quedaron pues en el tintero. Son un proyecto a futuro, inacabado, todavía pendiente.

Actualmente, si se intentaran llevar a la práctica, serían automáticamente descalificadas como “delirios ultraizquierdistas”. Por ejemplo, recordar en el año 2018 que “*la Universidad es de los estudiantes*”, como afirmó en Cuba Julio Antonio Mella siguiendo el espíritu del *Manifiesto Liminar* que en Argentina redactó Deodoro, generaría automáticamente horror, espanto, histeria y llamados telefónicos de urgencia a la policía.

No es casual que el pensamiento de Deodoro Roca se adelantara varias décadas (a decir verdad, medio siglo) al espíritu rebelde del mayo francés de 1968 y a la pedagogía del oprimido de Paulo Freire, así como también a la crítica de la forma examen que cuestionara el célebre y famoso Michel Foucault.

El cruce inesperado y heterodoxo que Deodoro ensayó entre Freud, Nietzsche y el pensamiento emancipador de Karl Marx se cocinó y vio la luz muchísimos años antes que las irreverencias del marxismo iconoclasta de Herbert Marcuse o de Henri Lefebvre (ambos de notable influencia en las rebeldías estudiantiles de fines de los '60; Marcuse en Berkeley y Berlín, Lefebvre en París).

El antiimperialismo culturalista de Deodoro Roca y su “hermandad de Ariel” (herencia del modernismo de Rubén Darío y José Enrique Rodó así como del radical antiimperialismo de José Martí) simpatizaba en toda la línea con la revolución bolchevique de octubre de 1917, encabezada por Vladimir I. Lenin, sobre quien escribió más de una vez. Las categorías de Lenin envuelven con su perfume embriagante “El imperialismo invisible” y muchos otros artículos y ensayos de Deodoro, quien también comenta con simpatía la biografía de Krupskaja sobre su compañero, el principal líder bolchevique.

Ese antiimperialismo radical, que combina con elegancia y armonía sublime las impugnaciones económicas y al mismo tiempo culturales, todavía hoy, a fines de la segunda década del siglo XXI, continua siendo incómodo, cuando no directamente “subversivo”. Quizás, si Deodoro estuviera hoy aquí, entre nosotros y nosotras (en persona de carne y hueso, no como ejemplo imborrable ni como paradigma simbólico de intelectual crítico), muchos lo acusarían de “narco-terrorista”. No tengo la menor duda que

dicha impugnación provocaría más de un par de buenos artículos sardónicos, sarcásticos y satíricos de su parte.

La biblioteca personal de Deodoro es la mejor prueba de esas alquimias inesperadas y esas afinidades electivas, irreverentes y desobedientes, entre diversos paradigmas emancipadores. Tan sólo equiparables a las amalgamas y fusiones que con detalle de artesano y saber de oficio ensayó en el Perú José Carlos Mariátegui durante “los radicales años ’20”, precursores de la radicalidad política de los ‘60.

En los libros y papeles de esa biblioteca, en sus anaqueles maravillosos, Deodoro degustó y entrecruzó paradigmas críticos, logrando un cóctel explosivo y bello, lúcido, ágil, rebelde y, por momentos, inclasificable. Allí, también en esa biblioteca, se formaron sus hijos. Según el testimonio de uno de ellos, Gustavo Roca, por ese universo de papeles y libros embrujados transitó en años altamente significativos de su adolescencia y juventud Ernesto Guevara, vecino de la familia y amigo de Gustavo.

Que esa biblioteca sea en el año 2018 donada a la Universidad pública me llena de orgullo y nostalgia. Leí por primera vez la prosa de Deodoro en un viejo ejemplar de *El difícil tiempo nuevo*, antología de sus escritos realizada por Gregorio Bermann. Volumen que me regaló cuando yo era un adolescente uno de mis maestros, Ernesto Giudici, con quien Deodoro compartió iniciativas políticas e intercambió correspondencia. Giudici era un gran admirador de Deodoro. Cuando me dio el ejemplar yo no conocía quien era Deodoro ni había siquiera escuchado las resonancias de su nombre. Me dijo con voz calma “*lee este libro que te regalo, alguna vez lo vas a entender*”. Tardé años en incursionar en él. Cuando me animé, el viejo Ernesto Giudici había fallecido. Recién allí entendí su valioso y enigmático regalo. Me arrepentí de no haberlo devorado antes, quizás porque era demasiado chico cuando lo recibí. Gracias a ese regalo juvenil llegué años después a Córdoba y pude conocer esa biblioteca. Personalmente, aquella visita a la familia de Deodoro y el haber podido ingresar en la esfera íntima de su “laboratorio mental”, revolviendo sus papeles, husmeado en sus ejemplares, me abrió un mundo nuevo. Hoy me llena de nostalgia cuando rememoro la calidez humana, el afecto profundo y la amabilidad con que

me recibió su familia, quien muy generosamente me dejó ingresar en ese universo. De la mano de su familia, muy especialmente gracias a Cristina (Kiki) Roca, su nieta, tuve el placer y el honor de poder acceder a esos ejemplares leídos por Deodoro y a los papeles y artículos originales (ahora leídos, por fin, sin censuras previas ni recortes de ocasión) mecanografiados por sus propias manos. Estoy muy agradecido.

Por todo esto, nada me duele más que no poder estar presente ni asistir a esta donación de su biblioteca a la Universidad pública (como a él le hubiera gustado), debido a que debo estar en una escuela de posgrado en la Casa de las Américas (Cuba) organizada por CLACSO en la misma fecha.

Sin embargo, a pesar de esta dificultad, en Córdoba está hoy todo mi cariño y mi admiración. Por la Córdoba de Deodoro Roca, que es la misma de Agustín Tosco y Gregorio Flores. La Córdoba que en algún momento retomará, como el resto de Argentina y de toda Nuestra América, aquellos sueños encendidos que en junio de 1918 y en mayo de 1969 intentaron tomar el cielo por asalto.

A pesar de que destruyeron el célebre Sótano de Deodoro, aunque lo hayan querido silenciar, censurar, manipular, el pensamiento de Deodoro continuará encendiendo corazones e inspirando a nuevas generaciones en la lucha por un mundo mejor.

¡Hasta la victoria siempre, querido maestro!

24 de junio de 2018

Néstor Kohan es profesor concursado e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC). Cátedra “De la teoría social de Marx a la teoría crítica latinoamericana” Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). Autor del libro-antología *Deodoro Roca, el hereje*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 1999. www.cipec.nuevaradio.org

